

PROCESOS DE MEDIACION EN KOSOVO: Dos contextos de intervención. Relatos de nuestra experiencia.

por Gachi Tapia y Tomás Leivi

PARTE 2:

Desintegración y violencia interétnica.

Escenarios de posguerra: procesos posibles hacia la integración.

En la primera parte del relato de nuestra experiencia en Kosovo¹, nuestra atención estuvo centrada en los conflictos existentes dentro del pueblo cuya población es mayoritaria en ese territorio: los albanokosovares. Así, y gracias al privilegiado contacto que pudimos tener con la idiosincrasia de esa cultura, con sus sufrimientos y sus conflictos, pudimos analizar un caso de venganzas de sangre ocurrido en un área rural del país. A través de ese caso, mostramos las extraordinarias particularidades de esa cultura, como así también los desafíos y los límites para pensar una intervención desde el campo de la mediación. Debemos recordar, entonces, que esa primera parte estuvo focalizada en los conflictos existentes entre los miembros de un mismo grupo cultural de pertenencia.

Esperando que el lector haya podido captar a través del caso entonces relatado, la extraordinaria complejidad imbricada en ese contexto de intervención, en el presente artículo analizaremos los desafíos, las peculiaridades y los límites para pensar intervenciones ya no familiares e intraculturales, sino intervenciones que apunten al tendido de puentes entre las culturas enfrentadas, es decir, intervenciones interculturales (o inter-étnicas), que propendan a una integración paulatina entre los actores de la guerra que le dio trascendencia mundial a este pequeño territorio. Si bien es cierto que no resulta posible, en la infinitud de los fenómenos, realizar distinciones como la que aquí se propone (intra-etnia e inter-etnia), dado que las personas y las culturas son las mismas y actúan en distintos estratos de sus realidades, la distinción tiene como fin ser un ordenador para pensar intervenciones posibles en los distintos niveles de la experiencia. Podremos darnos por satisfechos si estas páginas constituyen una humilde contribución al largo y complejo camino de construcción de la paz.

Comenzaremos relatando impresiones surgidas del contacto con la gente y con la ciudad, que pueden ayudar a clarificar el contexto de trabajo.

¹ Tapia, G. y Leivi, T. "Procesos de mediación en Kosovo: dos contextos de intervención. Relatos de nuestra experiencia. Primera parte: Venganzas de sangre entre clanes tribales intra-etnia". *Mediadores en Red L@Revista*, N° 5, Año II. Mendoza, Argentina, Fundación Mediadores en Red, Marzo 2004: 63-76.

Percepciones instantáneas

Los kosovares se sienten desprotegidos. Sienten que su pueblo ha sido manoseado, manipulado y oprimido por diversos imperialismos a lo largo de los años. Descreen también de los organismos internacionales, aunque la OTAN es más respetada que la ONU. Ven a la primera como el garante de la paz, en tanto que en la segunda sólo atisban burocracia e intereses creados. Si bien su más fuerte pretensión consiste en ser un pueblo política y culturalmente independiente, resulta muy laborioso indagar representaciones colectivas hipotéticas de tal situación: imaginan la independencia como quedar nuevamente a merced del despotismo serbio, y vislumbran con horror la posibilidad de un eventual repliegue de la comunidad internacional.

Por eso, la paz, entendida como ausencia de guerra, es vista aquí sólo como algo contingente y dependiente de la presencia efectiva de las fuerzas internacionales. Pero no creen que existan las condiciones para una paz efectiva en ausencia de ellas. Las fuerzas son ahora un dique de contención para la violencia, pero no un catalizador que permita la tramitación simbólica del conflicto para comenzar a construir una paz duradera. Se podría asegurar, al menos a través de estas representaciones sociales, que la paz durará lo que dure la intervención armada y la protección de las regiones vulnerables: Kosovo como un todo a ser defendido de Serbia, los enclaves serbios como células a ser defendidas de la ira kosovar.

Estados Unidos es un país clave. Al igual que en el resto de los países del Este, la fascinación por Occidente es apoteótica. Las figuras del capitalismo y la moral de los bienes generan un fuerte contraste con los íconos del pasado comunista: monoblocks, autos monocordes, grandes fábricas grises que siguen humeando. En la jungla urbana los contrastes se superponen: a los religiosos se suman los culturales, y a éstos los económicos. Una mezquita convive con una iglesia ortodoxa al tiempo que una réplica de la Estatua de la Libertad se erige al lado de una gigantesca torre que abasteciera de calefacción a todos los hogares. Pero Estados Unidos sobresale por sobre el resto: ven a este país como el artífice de su liberación, como el fin de sus padecimientos. Los bombardeos “salvadores”, rápidos y eficaces generaron esta idolatría, que contrasta con los lentos métodos burocráticos de resolución de disputas de la ONU. La coronación de este sentimiento es, sin duda, el gigantesco mural de Bill Clinton sonriente: además de saludarnos nos da la bienvenida al imponente *boulevard* que lleva su nombre y nos anuncia la inserción del país en un nuevo orden.

En todas las casas, hoteles, bares y negocios encontramos generadores de electricidad. El suministro de energía eléctrica se corta en un promedio de tres a cuatro veces por día; entonces comienzan a rugir en toda la ciudad los ronroneos infernales de estos símbolos de la

posguerra. Aparentemente, habría fondos para infraestructura, desviados o perdidos en la burocracia infinita.

Los criterios estéticos merecen cierto detenimiento. Aunque mayoritariamente musulmanes, visten a la manera occidental, incluso las mujeres. Sobre la monotonía del pasado surgen los neones, los azules eléctricos, los espejos y los celulares. Cuesta además encontrar alguna remera que no contenga referencias al gigante de Occidente. Llama la atención la diferencia de cuidado entre los exteriores y los interiores. Seguramente hay relación con el estado de guerra: muchas veces tenemos la sensación de estar siendo conducidos a lugares tenebrosos dentro de los cuales descubrimos una lujosa suntuosidad en total desacuerdo con el entorno.

Los albanos-kosovares sienten por los serbios desprecio, odio visceral. El universal recae sobre cada singularidad serbia: “los serbios son...” agresivos hacia ellos, violentos, no les importan los albanos-kosovares, preferirían que desaparezcan. La condición está antes que la persona y la clase, y la pertenencia antes que la ideología. Pareciera que a los serbios les ocurre algo similar con los albanos-kosovares. A diferencia de otras situaciones de odio y confrontación racial o interétnica, no hay ninguna diferencia en la apariencia física de unos y otros. Subrayamos esto no sólo porque el horror ante lo diferente ha sido siempre la fuente del odio racial en la historia de la humanidad, sino porque además esta ausencia de diferencia da lugar a permanentes conflictos y situaciones de violencia: grupos aparentemente homogéneos que resultan no serlo, consignas que se creen compartidas, suposiciones prematuras o respetos tardíos. La incertidumbre multiplica los encontronazos cotidianos, pero también trastoca la igualdad sofisticada de la diferencia: “como todos somos iguales, debo descubrir en él, igual que yo, la diferencia que lo separa de mí, nuestra pertenencia cultural”. ¿No genera esta situación una permanente desconfianza ante el otro? ¿No es el otro, además de conciudadano, un posible enemigo? ¿No se perpetúa así dialécticamente la violencia cotidiana? Los rostros son sólo semblantes.

El movimiento de la ciudad es febril, y la presencia de vehículos de la ONU y de la OTAN francamente impresionante. Si bien en las ciudades no se observa una gran presencia de soldados, los vehículos tanto de funcionarios como de tropas están por todos lados. Tal vez sea este *Big Brother* lo que haya hecho reducir las manifestaciones violentas, los enfrentamientos y las disputas callejeras. Al menos en el tiempo que estuvimos, no se produjeron grandes hechos sociales de violencia.

Tal vez sea la rudeza de los fonemas, la indelicadeza del idioma, o quizás simplemente barreras culturales. Pero ¡parecerían estar siempre enojados! Además, uno siempre tiene la sensación de que el otro está suponiendo que uno lo va a agredir. La recepción de los mensajes es siempre prevenida. La interlocución es desconfiada. Tuvimos

situaciones realmente increíbles, en las cuales el malentendido de la comunicación llegó hasta el paroxismo, pero no a causa de la diferencia de lenguas, sino porque la introversión y la desconfianza dificultan al máximo los intercambios simbólicos.

Reflexiones sobre el proceso de integración entre serbios y kosovares.

La experiencia sensible es siempre más vasta que cualquier categorización o teorización posible. Tal como Hamlet le dijera a su inefable amigo: “Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que tu filosofía pudo imaginar”². Si bien el viaje nos produjo un complejísimo cúmulo de sensaciones superpuestas, trataremos de hacer un modesto ejercicio de reflexión, desde el rol de observadores de un contexto nuevo para nosotros, y desde el rol de *Terceros*, por cuanto fuimos convocados para posicionarnos de tal manera.

No podemos dejar de subrayar que nuestra experiencia estuvo condicionada por varios factores que dificultaron trabajar desde un rol imparcial –y construirlo como tal-. Por un lado, la historia oficial del genocidio perpetrado por parte de Milosevic, que colonizó el planeta desde los noticieros más importantes del mundo. Por otro lado, nuestra conexión con colegas albano-kosovares y sus narrativas dramáticas acerca de esta guerra –como todas- llena de horror. Limpieza étnica, genocidio, crímenes de guerra.

Si bien es innegable la existencia de una guerra que, como cualquiera, conlleva muertes y dolor, también nos parecía poco discutible -dejando de lado la indagación de las causas- el hecho de que la entrada de las fuerzas serbias en Kosovo tuvo como objeto hacer desaparecer a la población albano-kosovar. No por nada Milosevic, la perdurable pesadilla de los kosovares, está siendo juzgado como un criminal de guerra por los Tribunales Internacionales.

Cuando la vida de un grupo se ve afectada, cuando irracionalmente se decide aniquilar una cultura, ¿no se está yendo en contra de las leyes de la humanidad? ¿No son la vida y la cultura bienes que podrían postularse universales? El genocidio es algo que toca a la humanidad toda, y no sólo a los grupos implicados en él. Si hemos de hablar de una ciudadanía y una moral universal, debemos tener presente la necesidad de dar respuesta a los hechos que ponen en cuestión la idea misma de lo humano.

¿Cómo funciona nuestro rol imparcial ante estos conceptos que hacen a nuestra cosmovisión y nos provocan sentimientos que golpean brutalmente nuestros valores y tienen tan fuertemente en nosotros el modo de significar los acontecimientos?

² Shakespeare, W., 1996.

Esta reflexión nos parece interesante e insoslayable a los efectos de mostrar la dificultad que implica, una vez más, ponernos en un lugar de *terceros* cuando entendemos que estamos tratando con hechos que, como el genocidio, o el holocausto, justifican la invocación a la humanidad toda.

Ahora bien, esta falta de respeto a la minoría, ¿justifica legitimar la reacción violenta y sanguinaria que como revancha tomaron los albanos contra los serbios una vez que pudieron volver a su tierra? ¿No es justamente esta narrativa, la de la legitimidad del ojo por ojo, la trama que hace falta desestructurar para interrumpir las escaladas naturales hacia mayor violencia?

Una vez producida la intervención de la OTAN, los kosovares, amparados por las tropas salvadoras, pudieron volver a su tierra, pero en esa vuelta encontraron la posibilidad de la revancha, del ojo por ojo – en los ataques producidos por los albanos-kosovares hacia los enclaves serbios en Kosovo-. La intención de aniquilar al enemigo es tan fuerte entre los serbios como entre los albanos, ambos justifican atrocidades en el nombre de la venganza.

Si bien es imposible no plantearnos dilemas éticos cuando nos enfrentamos con situaciones que violentan nuestros valores más arraigados, es indispensable que podamos, desde un rol de interventores o terceros externos, formularnos algunas preguntas que ayuden a equilibrar las asimetrías que surgen de nuestra cosmovisión.

Por ejemplo:

¿Justifica esta disquisición filosófica el accionar norteamericano? ¿Hicieron lo correcto, en tiempo y forma? La imagen de la celeridad de las bombas cayendo sobre población civil pondría en suspenso cualquier apoyo incondicional a la llamada “intervención quirúrgica” de la OTAN. Está claro que evitando una masacre se puede justificar que se persigue el Bien, pero no queda del todo esclarecido el punto: pensadores tan notables como Chomsky sostienen que en realidad el bombardeo puso en marcha la limpieza étnica y no a la inversa, siendo la invasión a Kosovo **un recurso de Milosevic para detener la lluvia de plomo sobre Serbia**. Se da lugar al debate tradicional, ¿qué ataque vino primero?, ¿cuál después? Este debate es el que –desde uno de los axiomas de la comunicación- construye los significados de las narrativas, que a su vez anclan la escalada de culpabilización recíproca que pretende justificar la violencia de uno de los lados y deslegitimar la del otro.

Luego de la intervención de la OTAN, las acciones de revancha y venganza tuvieron la misma dinámica de horror y violencia, aunque cambiando los actores de víctimas a victimarios. Entonces, la violencia continúa nutriéndose en esa evolución que se inicia con un sentimiento

de euforia hasta que llega a la intoxicación. Porque una vez saciada la sed de venganza con otra acción violenta, no llega la paz, llega la amenaza de un nuevo ataque, y la percepción de que no hay salida al proceso en marcha.

Entre los albanos-kosovares, Chomsky sería crucificado, dado que nadie considera aceptables estas afirmaciones. Pero otros pensadores sostienen que, independientemente de lo que ocurría en los Balcanes, el ataque fue una perfecta excusa norteamericana para poner en marcha su estrategia de globalización, “... ante cualquier ruido, USA logra tener presencia en cualquier lugar del mundo en que haya conflictos”. Encontramos aquí la presencia de otro actor de pleno derecho en el conflicto, con sus propios intereses en el proceso en juego.

Esto permite construirnos algunas historias alternativas a la de “Milosevic invadió y por eso OTAN lo paró”. Por ejemplo: “Antes de que Milosevic entrara en Kosovo, la OTAN invadió Serbia como parte de su estrategia de globalización. Milosevic entonces se defendió amenazando y atacando Kosovo para detener el ataque contra Serbia.” Podría pensarse que esta re-formulación podría ayudar a reflexionar acerca de “cómo las luchas fratricidas benefician intereses foráneos o de líderes con ambición de poder, dejando sólo sufrimiento a todos los involucrados entre sí a través del odio”.

En el marco de nuestro rol, para poder ser útiles, es necesario poder pensar desde una mirada que no nos ancle en el rol de jueces, y poder construir una historia en la que miremos el conflicto escalando, con personas de un lado y del otro sufriendo vejaciones y perdiendo esperanza en una vida mejor. Pero, debemos reconocer que frente a hechos de esta aberrante magnitud, no se puede pretender simplificar un proceso focalizándolo en el futuro.

Es sumamente necesario, antes de poner el acento en el futuro a los fines del proceso, reconocer que las percepciones de los kosovares se ven influenciadas por el trauma social de posguerra que parece estar viviendo la sociedad. Un trauma es un cuerpo ajeno dentro del propio, un estímulo con la fortaleza suficiente como para romper los aparatos receptores que poseemos para ese estímulo. Por lo tanto, es algo que deja al organismo desvalido, sin posibilidad de recuperación inmediata. En este caso, es de suponer que el recuerdo todavía hipernítido de lo ocurrido, el repentino aumento de la tensión psíquica producido por el estado de guerra, condicionan las percepciones y las actitudes cotidianas, tanto en relación con los semejantes como con los diferentes. No debemos olvidar que el estado de guerra es un estado de excepción. Dista mucho de ser un tiempo de significados estables y creencias seguras. Freud afirmaba durante la primera Gran Guerra: *“Envueltos en el torbellino de este tiempo de guerra, condenados a una información unilateral, sin la suficiente distancia respecto de las grandes transformaciones que ya se han consumado o empiezan a consumarse y*

sin vislumbrar el futuro que va plasmándose, caemos en desorientación sobre el significado de las impresiones que nos asedian y sobre el valor de los juicios que nos formamos. Creemos poder decir que nunca antes un acontecimiento había destruido tanto el costoso patrimonio de la humanidad, ni había arrojado en la confusión a tantas de las más claras inteligencias, ni echado tan por tierra los valores superiores”³.

Lo que pretendemos expresar con estas palabras, es que a la hora de diseñar un proceso de reconciliación no se puede simplificar el contexto aludiendo a focalizar en el futuro. Es imprescindible tomar en cuenta lo traumático del pasado, dar lugar a una tramitación simbólica de los montos no tramitados de energía psíquica que, en caso de no ser reconocidos y operativizados en función del proceso, obstaculizarían irremediablemente cualquier intento de solución, que aparecería como inadecuado y apresurado.

El proceso de reconciliación externamente impuesto

Poniendo el foco en el presente, nos resulta difícil imaginar una retirada de la comunidad internacional tal como están dadas las cosas. Los albanos-kosovares se sintieron protegidos por las tropas de la OTAN, pero hoy, los que se sienten protegidos por las tropas de paz internacional son los serbios. Los serbio-kosovares, cuyos “enclaves” son lugares perdidos y acorralados por amplias regiones de predominio albanos-kosovar, sólo tienen capacidad de sentir su identidad protegida mientras dure la intervención de la ONU.

Por otra parte, los albanos-kosovares están convencidos de que un nuevo ataque por parte de Serbia, tardaría tanto como el repliegue de las fuerzas occidentales. Los serbios están convencidos de que sin tropas de paz, los albanos-kosovares se encaminarían directamente hacia la formación de un “*pan-albano-kosovarismo*” destinado a despejar del territorio kosovar a todo enclave serbio.

Por eso, y ante la actitud que señaláramos respecto de la consideración de los kosovares hacia los serbios, vale la pena plantearse interrogantes. La comunidad internacional (léase tropas de mantenimiento de paz, como organizaciones de asistencia humanitaria y de construcción de paz y construcción ciudadana) exige procesos de integración, supeditando incluso fondos para la reconstrucción a los procesos de reconciliación e integración. Creemos ampliamente necesario profundizar la indagación sobre este punto, a todas luces delicado. La exigencia internacional de integración contrasta fuertemente con el odio racial, casi visceral, que siente un pueblo por otro. **“dinero por integración”** sería el lema. Pero ¿es esto posible? Consideramos este punto crucial, porque se entrecruzan el respeto por

³ Freud, Sigmund, 1997.

el dolor de las víctimas, las metas de los organismos internacionales y la filosofía de los procesos con los que trabajamos. El riesgo mayor es forzar procesos de integración entre personas que, en todo su derecho, no están convencidas de ser parte del proceso, pero que tampoco quieren quedarse fuera del flujo de capitales destinados a la reconstrucción. ¿Puede ser exitoso realmente un proceso que no cuenta con la más mínima convicción por parte de sus actores principales? Y en tal caso, ¿es mejor no hacer nada?

¿Qué integración?

En los procesos de resolución alternativa de conflictos es fundamental incluir la voluntad del otro como constitutiva del proceso, amoldar los esquemas a los aportes de las partes y disponer de la paciencia y el tiempo para que los significados comunes puedan consolidarse.

Después de todo, si consideramos que la guerra ha sido un trauma, como es dable pensar, debemos imaginar el momento actual como el periodo de duelo y de cicatrización que sigue a todo trauma. Y es sumamente riesgoso tratar de apurar tales procesos, que requieren catarsis, dolor y tiempo. Nadie puede exigirle a otra persona que ría durante un velorio. ¿Por qué habría que negárseles la humanidad de los ritos, la sepultura y el duelo que, desde Antígona hasta Hamlet, atormentaron la conciencia de Occidente?

Esta reflexión, que abre la pregunta acerca de la disposición intrínseca de cada actor para participar de un hipotético proceso, resulta de crucial importancia dada la magnitud y calidad de los hechos violentos y cotidianos a los que nos referimos. E indaga, además, acerca de la posibilidad de poner en marcha procesos de integración interétnica. Si no evaluamos las condiciones para la intervención, el contexto en el que se trabajará, la disposición de los actores y la voluntad de las partes, las narrativas de cada uno y su posicionamiento subjetivo respecto de los hechos aberrantes del pasado reciente e incluso del presente, ¿en qué consiste la etapa de evaluación de las necesidades, insustituible y fundamental para evaluar la viabilidad de este tipo de procesos?

Creemos que una escucha realmente atenta al sufrimiento y las particularidades de los actores, implica dejar de lado la creencia de que las herramientas de que disponemos pueden ser utilizadas en cualquier momento y en cualquier contexto. En el caso de Kosovo, y atendiendo al expuesto carácter multidimensional de la violencia (ésta se encuentra arraigada en la cultura, en las relaciones cotidianas, y no es algo que aflore meramente en el punto de contacto con las personas de las otras etnias), tal vez haya que comenzar concentrándose en la resolución de casos particulares, cotidianos –independientes de la guerra, si es que es posible pensar en algo independiente de ella- difundiendo y fortaleciendo los mecanismos de la mediación y los procesos de diálogo

sólo entre iguales, como espacios de reflexión que no generen amenaza. Es sumamente necesario difundir, como primera condición para pensar en intervenciones a gran escala, los métodos alternativos de resolución de disputas, mostrando a través de pequeños procesos la ganancia que conlleva la utilización de métodos no violentos. La historia reciente de la guerra y las largas décadas de violencia doméstica suponen un largo proceso de educación de las partes, para pensar luego en intervenciones exitosas.

Por otra parte, y tratando de pensar creativamente -¿hay acaso otra manera de habérselas con estos conflictos?- sería de gran utilidad pensar en el poder del arte como elemento catalizador del dolor y de la transformación social. A través de diversas propuestas artísticas, podrían pensarse intervenciones que apunten a salir de la mera cotidianidad con el dual objetivo de tramitar el dolor a través de la catarsis artística e imaginar escenarios deseados más allá de las penurias actuales de la vida. La creación artística puede ser, asimismo, una buena herramienta para que actores hoy enfrentados trabajen de manera unida en algo que no tiene que ver con lo específico del conflicto, pero que, sin embargo, puede ser un buen ejercicio de integración y de creación conjunta.

Condiciones para la intervención

Las etapas del Proceso de Paz para la Sustentabilidad

Ya en anteriores artículos nos hemos referido a la utilidad de considerar los conflictos sociales enraizados, en algún sentido, como procesos dinámicos⁴. Por las mismas razones entonces argumentadas, es importante tener presente este enfoque al intentar esfuerzos para abordar y resolver tales conflictos.

Comenzar dicho proceso de integración es sumamente difícil, y en muchos casos puede involucrar esfuerzos para crear un contexto que haga más fácil a los adversarios admitir que sus políticas están siendo contraproducentes, permitir que ellos mismos lleguen a verse involucrados en algún proceso que admita una exploración colaborativa de las aspiraciones de las partes enfrentadas, así como de sus preocupaciones, valores, intereses y necesidades básicas. Y examinar qué posibilidades de colaboración pueden ayudar a superar los obstáculos para alcanzar una solución mutuamente aceptable -y por tanto duradera- de los problemas conjuntos y su implementación.

El sólo enumerar determinados requisitos para el éxito de un proceso de Resolución de Conflictos nos da algunas ideas de las dificultades de poner en marcha de forma práctica esos procedimientos, estén involucradas terceras partes o no.

⁴ Tapia, Gachi, 2002.

Además, la improbabilidad aparente de que tengan lugar tales procesos es manifiesta si vemos lo que son las características de los esfuerzos normales para poner fin a un conflicto social enraizado (entendiendo por conflicto enraizado a aquél que emerge y se desarrolla sobre la base del significado y la interpretación que la gente involucrada le otorga a la acción y los eventos. El significado del conflicto se conecta al conocimiento, que a su vez se encuentra enraizado en la cultura).

Por otro lado, no existe posibilidad de éxito con un solo proceso. Cualquier visión de Resolución involucra tener en cuenta una gran gama de procedimientos y actividades, más allá de que todos se etiqueten con la misma palabra; a saber, resolución.

Las recientes declaraciones de Naciones Unidas destacan la idea de que para que la intervención en un proceso de paz sea sostenible, es necesario hacerlo en tres áreas simultáneas:

1. el **mantenimiento** de la paz, que afecta el comportamiento de los adversarios (peacekeeping)
2. el **desarrollo** de la paz, que busca formas de resolver los temas conflictivos (peacemaking)
3. la **construcción** de la paz, que se refiere al cambio de actitudes, imágenes, expectativas y relaciones (peacebuilding)

Este enfoque presupone el mencionado análisis de un conflicto como un proceso complejo, que se desarrolla en el tiempo y que avanza (y a veces retrocede) a través de un número de etapas o enmarcado por un conjunto de condicionantes, algunos de los actuales ofrecen oportunidades para un tratamiento duradero mientras que otros plantean más obstáculos que soluciones.

En general, dichos esfuerzos debieran contemplar el diseño de procesos que focalicen en el trabajo con los líderes. Pero no como se intenta usualmente, sólo con los líderes formales políticos, sino con líderes en todos los niveles sociales (líderes sociales, grupos de base, medios de comunicación, intelectuales, líderes de opinión, religiosos, etc.). Es decir, se trata de enfoques que plantean la necesidad de trabajar con los líderes en sentido amplio, y no solamente con los líderes políticos del momento (depositarios de ánimos cambiantes, no siempre representativos, y objeto de fuertes cuestionamientos en épocas de crisis).

Dado que en la actualidad prácticamente **no existe el diálogo entre ambos gobiernos, consideramos que una posible acción a desarrollar es la promoción de canales efectivos de diálogo entre ellos, como una forma de intervención de los denominados**

procesos de diplomacia multivías o diplomacia preventiva (*multi-track diplomacy*).

Sin embargo, trabajar sólo en el nivel de los líderes gubernamentales (*Track One*)⁵ no agota el espíritu que precisamente intenta difundir este enfoque: al trabajo con los líderes políticos es necesario sumar las aproximaciones entre los líderes de las organizaciones intermedias (*Track Two*), y a éstos los procesos de los que sean parte los líderes de base y comunitarios (*Track Three*).

Pero para que esto pueda darse es necesario trabajar simultáneamente en la reconstrucción de una institucionalidad tanto serbia como kosovar, que promueva valores democráticos y asegure reglas claras de funcionamiento. En esta tarea se encuentran trabajando los organismos internacionales, aunque las impresiones recogidas permiten inferir que tal vez no lo estén haciendo del modo más adecuado.

Concentrar las actividades de Resolución sólo en las decisiones de los líderes y en los que toman decisiones no es nunca suficiente. Tal enfoque ignora el hecho de que las soluciones duraderas tienen generalmente que ser aceptadas por un número suficiente de miembros de las bases de ambas partes, de modo que los esfuerzos de los inevitables saboteadores (aquéllos que no aceptan otra solución que no sea “la victoria”) puedan ser contenidos y la solución no tambalee.

En búsqueda de vías para describir los procesos resolutivos y descubrir criterios por los cuales puedan distinguirse de otros abordajes (por ejemplo: operaciones para forzar la paz), consideramos que cualquier proceso debería ser capaz de producir un resultado en el cual se reconcilien las diferencias más importantes entre los adversarios y se satisfagan las necesidades básicas de todas las partes.

La Resolución necesariamente tiene que exceder un pacto temporal. Existen principios identificados en el **proceso** de Resolución, mientras que otros se centran en los **resultados** de la Resolución. En el primer caso, es decir, en cuanto al proceso, es necesario comenzar con una profunda investigación sobre la naturaleza, las fuentes y las dinámicas del conflicto, implicando un análisis conjunto del mismo con todas las partes involucradas.

Pero es realmente difícil imaginar a los albanos-kosovares, que han sido parte de esta limpieza étnica hace unos pocos años, convocando a un proceso que se proponga estrechar los lazos con los serbios.

No parece viable que las cosas puedan arreglarse, tal como están dadas, entre estos dos pueblos por sí solos. La idea de una “terceridad”, tan cara a la mediación, parece aquí insoslayable. Sólo con una entidad superadora podría apuntalarse la salida del atolladero al que el

⁵ Mc Donald, Diamond y ot., 1996.

entramado imaginario de estos dos pueblos en pugna parece destinado, mientras el velo del conflicto oculte las escenas posibles. Pero es también fundamental que quien encarne este rol no lo haga desde el lugar de “el saber”, sino desde la humilde postura de quien no conoce y baja al campo a sondear las representaciones de los actores en conflicto. El descrédito público de los organismos internacionales da cuenta de cierta “soberbia aplicacionista”, que no tiene un correlato efectivo a la hora de sumar voluntades a una causa con un fin noble. El lugar del *tercero* debe construirse. Su legitimidad debe también considerarse, construirse y mantenerse. No hay otra manera de generar intervenciones efectivas, **si** imaginamos tales intervenciones con un efectivo interés y arraigo en la población beneficiaria.

Podría pensarse entonces en un sistema que incluya en su diseño un equipo de “terceros facilitadores”, que jueguen un rol de “puentes” con poco poder sobre los adversarios y que carezcan de interés material en el resultado final del proceso.

Sería necesario imaginar un foro seguro en el cual las preocupaciones, intereses y necesidades se puedan discutir, analizar y conocer, y donde se exploren opciones inicialmente de un modo no forzado, dejando las decisiones en manos de los implicados y no en manos de algunas partes externas, que pronuncian soluciones de acuerdo a las reglas o normas culturales propias.

Muchas discusiones se han centrado en el tema de la efectividad relativa de la *tercera parte* con poder sobre los adversarios, con el interés directo sobre el resultado de la disputa y sobre el papel activo del rol del mediador.

Algunos consideran que especialmente en conflictos como los de ex-Yugoslavia, Sri Lanka y Liberia, sólo un mediador con peso sobre los adversarios será capaz de tener éxito en la búsqueda de una solución. Sin embargo, otros insisten en que tal solución será sólo temporal y que las tácticas correctas para el mediador son aquéllas que implican la asistencia en el análisis de los intereses, la exploración de opciones y el total desinterés en el resultado, como se ejemplifica con la misión San Egidio, durante los esfuerzos exitosos en la guerra civil de Mozambique.

Si bien la negociación y la mediación son los procesos tradicionales más conocidos, hay sin embargo procesos desarrollados más recientemente, tales como la *facilitación* y el *diálogo sostenido*, todos basados en los principios mencionados anteriormente, que tienden a lograr soluciones duraderas y aceptables en los conflictos sociales enraizados. Muchos de estos trabajos se describen en varios autores: Hal Saunders (1999), Mitchell y Banks (1996), Diamond and Mc Donald (1993), o Fisher (1996).

Pero la característica de todos estos nuevos procesos es que se prevé una multiplicidad de roles de terceros (internos y externos) asistentes parciales e imparciales, que cruzan de modo transversal todos los estamentos de la sociedad en crisis.

CONCLUSIÓN

A través del foco puesto en los dos artículos en los que se dividió la exposición, tratamos de mostrar los diferentes niveles que aparecen sin duda como los objetos más acuciantes de cualquier análisis e intervención externa. Por un lado, las cuestiones internas de la etnia albano-kosovar, que se debate ella misma día a día en conflictos violentos de diferente magnitud. Por otro lado, la guerra y los enfrentamientos interétnicos, que condicionan el contexto y le suman amenazas a la complejísima trama de relaciones cotidianas.

Creemos extraer como conclusión que, dada la magnitud y la gravedad de muchos de los hechos que tuvieron lugar y siguen teniendo lugar en los Balcanes, y habida cuenta de que la comunidad internacional ha tomado conocimiento –de diversa forma- de muchos de estos hechos, no es posible mantenerse a una cómoda distancia de los hechos aberrantes. Entre los beneficios de la globalización seguramente se cuente a la cooperación de los pueblos al servicio del mantenimiento de la paz. Pero si bien es cierto que constituye una postura ética el que quienes toman noticia de tales hechos no pueden dejar de intervenir, tanto las formas como las condiciones y los modelos para la intervención son enormemente amplios, y dependiendo de la elección de tales formas de intervención y del propio interés del tercero que interviene, dependerá la pertinencia y el éxito mismo de la intervención que se piense.

Algunos modelos esbozados en el presente trabajo, y muchos otros que desarrollan los protagonistas del campo de los métodos RAD, sirven para multidimensionar los conflictos y dar cuenta de la enorme complejidad arraigada en cada uno de ellos. Por eso, sin caer en soluciones simplistas, respetando la idiosincrasia de los actores en escena y planteándose límites adecuados de acuerdo a las condiciones existentes, es necesario evaluar en la situación, de acuerdo a las coordenadas de la realidad de cada parte, las posibilidades para intervenciones efectivas que redunden en una mejora patente de la calidad de vida de los actores en pugna.

Es necesario, entonces, evaluar si los tiempos para los procesos de integración interculturales formales, que requieren de compromisos efectivos y convencimientos sinceros, están dados. Entre tanto, tal vez haya que concentrarse en la noble tarea de mantener la paz precaria y evitar más muertes. El otro trabajo, más silencioso y menos estruendoso que la parafernalia de las tropas extranjeras, será un

proceso largo, de “construcción” de paz, que implicará pasar por las etapas de “curar heridas”, generar alguna percepción de “justicia” y permitir que en el futuro, las nuevas generaciones puedan generar un terreno propicio para el proceso de reconciliación.

Bibliografía

Freud, Sigmund. *“De guerra y de muerte. Temas de actualidad”*. En Obras Completas, Tomo 14, Buenos Aires, Amorrortu Editorial, 1997.

Fisher, R., Ury, W. Y Patton, B. *“Sí ¡De Acuerdo! Como negociar sin ceder”*. Buenos Aires, Norma, 1993.

McDonald, John y Diamond, Louise. *Multi-Track Diplomacy*. West Hartford, Connecticut, Kumarian Press, Third Edition, 1996.

Mitchell, Chris y Banks, Michael, *Handbook of Conflict Resolution: The Analytical Problem Solving Approach*, London, Continuum International Publishing Group – Pinter, 1996

Saunders, Hal. *Public Peace Process. Sustained dialogue to transform racial and ethnics conflicts*, New York, Palgrave, 1999.

Shakespeare, W. *Hamlet*. Buenos Aires, Cátedra, 1996.

Tapia, Gachi. *“Reflexiones sobre el rol de ‘terceras partes’ en el marco de conflictos sociales”*. Mediadores en Red L@ Revista, Año I, N° 1. Mendoza, Argentina, Fundación Mediadores en Red, Setiembre 2002: 29-34.